

La Mujer en el Islam

LA CASTIDAD

Comenzando con un plan para la mujer en la sociedad, es esencial, según el Islam, tomar todo tipo de medidas que promuevan la castidad, la fidelidad, la moderación y el modo de vida limpio.

El énfasis en la vida casta, bien aislada frente a los peligros de cortocircuitos en la satisfacción de los deseos sexuales es una faceta importante de la sociedad islámica. Este aspecto de las enseñanzas sociales islámicas es extremadamente importante para la protección y supervivencia del sistema familiar, que es la necesidad más acuciante del momento.

El Islam busca ampliar la unidad familiar en lugar de estrujarla al mínimo: una familia en la que la capacidad humana de amar y el deseo de ser amado no se sacia sólo con la mera satisfacción de los deseos sexuales sino por una relación y amistad más completa y refinada, como la que naturalmente impera entre los parientes de sangre próximos y lejanos.

Es sorprendente cómo los hombres sabios de la sociedad moderna no se dan cuenta de la debilidad humana una vez que se permite que los placeres asociados al sexo jueguen un papel primordial y sin restricciones en la sociedad. Ciertamente, florecen a expensas de otros valores refinados y extraen su sangre como parásitos.

Sigmund Freud, sin duda, fue el producto de tal sociedad. Comenzó a analizar todas las motivaciones humanas a través del cristal coloreado del sexo. Para él, la relación más piadosa entre madre e hijo, tenía relación con el sexo. Incluso la relación padre-hija no poseía santidad alguna sino que su orientación o su origen era sexual. Casi todo lo que hacía el hombre, aunque no se diera cuenta de ello, tenía su fundamento en los impulsos sexuales profundamente arraigados en el subconsciente. Me pregunto si en los tiempos de Freud, la sociedad había alcanzado el grado de promiscuidad que hoy posee, pero, sin duda era suficiente para dar origen a un entendimiento totalmente dominado por el sexo de la psique humana. Pero si Freud tuviera razón, haría aún más esencial que no se permitiera a la sociedad que jugara incautamente con unas fuerzas poderosas que pueden producir tales cortocircuitos.

El ambiente actual de las sociedades modernas hace que no presten atención ni intenten comprender la naturaleza y facetas del entorno social islámico, pero, tanto si el hombre esta de acuerdo como si no lo está con el concepto de que Dios juega un papel en los asuntos humanos y en la conformación del destino del hombre, y tanto si el hombre esta dispuesto a modular su conducta social de acuerdo con la palabra de Dios revelada como si no lo está, hay una cosa cierta, y es que el hombre no puede frustrar la Obra de Dios (la naturaleza) ni la Palabra de Dios (la Verdad revelada). Ambos, la Palabra y la Obra deben hallarse en armonía entre sí para que se consideren válidas. Cualquier conducta social que el hombre adopta en contradicción directa con la Palabra de Dios esta destinada a acabar en el fracaso.

El hombre no puede tener un placer sin límites ni restricciones por mucho que lo desee. Todo lo más que puede hacer es canjear ciertas opciones y valores. Una sociedad que busca eludir la responsabilidad o las realidades de la vida con la ayuda de drogas u opiáceos; una sociedad que esta obsesionada con el sexo, las emociones y estímulos vanos, una sociedad donde los gustos son deliberadamente pervertidos para adecuarlos a un mercado artificialmente creado de instrumentos y juguetes nuevos de placer, que sólo sirven para producir excitación y una mayor ansiedad; un mercado dirigido por poderosos medios cuya único propósito es amasar riqueza; tal sociedad elige todo eso a costa de valores humanos más nobles, la paz de la mente y la seguridad de la sociedad en su conjunto. No se pueden poseer ambas cosas simultáneamente. No se puede tener la tarta y gustarla al mismo tiempo.

El Islam insiste justamente en lo opuesto. Ciertamente que aboga por el placer pero no a costa de la paz mental y la seguridad de toda la sociedad. Todas estas tendencias, que si no se detectasen conducirían a una desintegración gradual de la vida familiar y promoverían el egoísmo, la irresponsabilidad, la vulgaridad, el crimen y la violencia, son desalentadas enérgicamente.

Los entornos creados por estas dos filosofías son polos opuestos.

Me asombra cómo alguna gente olvida que, suscitando ambiciones, o dando dominio libre a los deseos en la sociedad, puedan prometer con optimismo la paz de la mente. Ninguna sociedad del mundo, por muy sólida que tenga su economía, puede soportar una generación de deseos lascivos ilimitada e desenfrenada.

Incluso en las sociedades más ricas del mundo, existen siempre ricos y pobres. Quienes se hallan privados de los confortos más básicos de la vida suman la parte más numerosa de la sociedad frente al comparativamente menor número de aquellos que pueden pagar lo que desean. Incluso esto es cuestionable, porque parece que, con el aumento de la riqueza, también aumentan los deseos y probablemente ni siquiera el más rico puede hacer realidad plenamente todos sus sueños. El caso, no obstante, de la mayoría relativamente más pobre, es peor. No pueden tener acceso a las comodidades básicas de la vida, por no mencionar los lujos que la sociedad opulenta puede permitirse. Es con las emociones y deseos del pobre con quien los medios modernos hacen estragos. Día tras día, lleva a su morada miserable imágenes prometedoras de un estilo de vida glorioso, con hogares suntuosos, jardines fabulosos, flotas de coches de lujo, aviones y helicópteros privados y un ejército de sirvientes. El estilo de vida de Hollywood y Beverly Hills con sus jaranas, bailes, fiestas de gala, o la vida en los casinos, salas de juego o toda la pompa y opereta que se evocan, son tentaciones a las que el más pobre tiene acceso. No obstante, muy pocos de entre los más ricos pueden siquiera soñar conseguir este cielo en la tierra. Tales gentes pierden, ciertamente, el interés en su entorno pobre y ordinario. La casa y el hogar dejan de ser atractivos para ellos. La falta de cultura y civilización permanecen contrarios a esta visión prometedora y, en este contexto, las realidades de su propia vida comienzan a perder todo significado. Si este es el último logro de una sociedad alimentada de placeres banales y visiones irreales, el calor y la paz del hogar se vuelven progresivamente ilusorios. Entonces no les queda nada por lo que vivir en el futuro.

Sería necesaria más de una medida para restaurar la unidad familiar tradicional, tan esencial para unir a sus miembros con confianza mutua, amistad y paz que genere el calor interno. Pero, quizá sea ya demasiado tarde para hablar de ello.

El Islam tiene un mensaje muy claro. Ofrece un plan bien definido para proteger, guardar y preservar un sistema de familia universal, o para reconstruirlo cuando se halle totalmente demolido.

Según el Islam, la disciplina debe ser inculcada mediante la convicción y el entendimiento en cada esfera de la actividad social, y los balances perdidos han de ser reestablecidos.

LA SEPARACIÓN DE SEXOS

Existe un enorme malentendido entre la gente de occidente respecto al sistema social islámico del PARDAH (lit. velo), que se contempla como una segregación entre los dos sexos. El malentendido surge, en parte, de la incorrecta aplicación de las verdaderas enseñanzas del Islam en distintas partes del mundo islámico y en el papel negativo que desempeñan los medios occidentales. Estos han convertido en norma asociar la fealdad en la conducta, dondequiera que este ocurra, al Islam, a la vez que se abstienen de asociar la conducta judía, cristiana, budista o hindú a sus respectivas religiones.

La norma islámica de la separación no nace, ciertamente, de una actitud de mente estrecha, propia de las épocas oscuras de la historia. De hecho, la cuestión de la promiscuidad, no tiene

relación con el retraso o desarrollo en el tiempo. Las sociedades a lo largo de la historia, han ascendido tanto a la cresta de la ola social y religiosa, como también han descendido a su hondura.

El concepto de libertad de la mujer no ha sido, en absoluto, una tendencia progresiva de la sociedad humana. Existe una fuerte evidencia de que, tanto en el período remoto del pasado como en el período más cercano de la historia humana, las mujeres, como colectivo, han mantenido una posición dominante y poderosa en la sociedad humana en distintas partes del mundo.

La relación libre y desinhibida entre la sección masculina y femenina de la sociedad no es algo nuevo. Las civilizaciones surgieron y desaparecieron. Los patrones de conducta oscilaron entre uno y otro estilo. Las miríadas de tendencias sociales han ido desapareciendo y estableciéndose con diferentes patrones para sólo para conformar nuevas experiencias y formaciones a cada vuelta del caleidoscopio. Sin embargo, ninguna tendencia ha permanecido fija de forma que nos permitiera asegurar con certeza que, a lo largo de la historia, la sociedad haya evolucionado de la separación a la promiscuidad o del confinamiento a la relativa emancipación y liberación de la mujer.

EL COMIENZO DE UNA NUEVA ERA EN LOS DERECHOS DE LA MUJER

Merece la pena centrar nuestra atención aquí al período oscuro de la historia de Arabia cuando surgió el Islam, por medio de la instrucción divina -según nosotros, los musulmanes, creemos-, o como resultado de las enseñanzas personales de Mohammad(sa) -como creerían los no-musulmanes-. Cualquiera que sea el punto de vista de los teólogos, las enseñanzas islámicas respecto a la separación de sexos no representaron en absoluto al comportamiento árabe.

La sociedad de Arabia en aquel tiempo era paradójica en extremo en su actitud respecto a las mujeres. Por un lado, la permisividad sexual, la libre unión de hombres y mujeres y las locas orgías de vino, mujeres y cánticos constituían uno de los puntos destacados de la sociedad árabe. Por otro lado, el nacimiento de una niña se consideraba un acontecimiento desgraciado y de enorme vergüenza. Algunos árabes "orgullosos" enterraban a sus recién-nacidas con sus propias manos para escapar a esta ignominia.

A las mujeres se les trataba como posesiones y carecían del derecho a oponerse a sus maridos, padres u otros miembros varones de la familia. A veces, sin embargo, existían excepciones a la regla. En ocasiones, mujeres de destacada personalidad jugaban un papel importante en los asuntos de la tribu.

El Islam lo cambió todo, no como resultado natural y progresivo de las tensiones sociales sino como un árbitro de valores. Un sistema social fue dictado desde lo alto, el cual no tenía relación con las fuerzas normales que conforman una sociedad.

Mediante las enseñanzas de la separación, la anarquía sexual se acabó de forma súbita. Se estableció un orden en la relación de hombres y mujeres basada en principios morales profundos. El estatus de la mujer fue simultáneamente elevado a tal nivel que nunca más fueron tratadas como mercancías desvalidas. Se les otorgó una participación igualitaria en los asuntos de la vida comunitaria. Mientras que antes eran distribuidas como bienes de herencia, ahora podían heredar la propiedad de sus padres, y también la de sus maridos, hijos y familiares próximos. Podían colocarse a la altura de sus maridos y responderles. Podían razonar con ellos y, por supuesto, tenían el pleno derecho a discrepar. No sólo podían ser divorciadas sino que poseían derechos iguales a divorciar a sus maridos si así lo deseaban.

Como madres, fueron tratadas por el Islam con tal profundo respeto que es difícil encontrar un ejemplo similar en otras sociedades del mundo. Fue el Santo Profeta del Islam(sa) quien más apoyó los derechos de las mujeres al declarar, bajo mandato divino que

El Paraíso se encuentra bajo los pies de vuestras madres.

No se refería sólo a una promesa que habría de cumplirse en la vida después de la muerte, sino al paraíso social que se prometía a quienes mostraban un profundo respeto y reverencia por sus madres, y se consagraban a agradecerles y a procurarles todo tipo de confort posible.

La enseñanza de la separación ha de ser entendida en este contexto. No era el resultado de ninguna superioridad masculina sino que fue diseñada para establecer la santidad del hogar; para crear mayor confianza entre el marido y la mujer; para aportar sobriedad a los impulsos humanos básicos y para encauzarlos y disciplinarlos de manera que, en lugar de ser liberados en la sociedad como demonios poderosos, jueguen un papel constructivo de la misma manera como otras fuerzas disciplinadas desempeñan su papel en la naturaleza.

La separación es totalmente malentendida cuando se interpreta como una imposición o restricción sobre el colectivo femenino de la sociedad musulmana, que restringe su participación en todas las esferas de la actividad humana. Esto no es cierto.

El concepto islámico de la separación ha de ser entendido únicamente en un contexto de medidas encaminadas a proteger la santidad de la castidad femenina y el honor de la mujer en una sociedad, de forma que el peligro de que se violen estos objetivos se minimice.

La mezcla libre de ambos sexos y las aventuras o relaciones ocultas entre hombres y mujeres son firmemente desalentadas. Se aconseja tanto a los hombres como a las mujeres que se abstengan no sólo de lanzarse miradas codiciosas entre sí, sino que se abstengan de todo contacto visual o físico que pueda conducirlos a tentaciones incontroladas. Se espera de las mujeres que se vistan decentemente y no se les aconseja que no se comporten de manera que llamen desfavorablemente la atención de los hombres predispuestos. No se les prohíbe el empleo de cosméticos y adornos, pero no deben ser usados en público, para no llamar la atención.

Entendemos que con el modo actual de pensamiento de las sociedades de todo el mundo, esta enseñanza pueda parecer severa, restrictiva y descolorida. Sin embargo, un estudio profundo del sistema social islámico lleva a la conclusión de que dicho juicio es apresurado y superficial. Esta enseñanza debe, por tanto, ser entendida como parte integral de todo el entorno social del Islam.

El papel que las mujeres juegan en el sistema social islámico no es ciertamente el de concubinas en los harenes ni el de una sociedad prisionera de las cuatro paredes de sus casas, excluidas del progreso y privadas de la luz del conocimiento. Este feo cuadro del sistema social islámico sólo lo pintan los enemigos internos o externos del Islam, o los supuestos eruditos que malentienden totalmente el modo de vida islámico.

Lo único que no acepta el Islam es convertir a las mujeres en objeto de juego, o explotación, o su abandono a la misericordia de la vulgaridad masculina. El Islam no fomenta tales actitudes respecto a la mujer.

Sólo porque la sociedad en su conjunto se ha vuelto cada día más exigente, constituye una auténtica crueldad para las mujeres la necesidad de estar constantemente conscientes de sus apariencias, aspecto y la forma en que van vestidas o arregladas. Los encantos femeninos siempre se hallan en exhibición. Vender cualquier artículo alimenticio o de diaria necesidad como el detergente para la colada, requiere anuncios con modelos femeninos. Formas de vida artificiales, modas y formas lujosas son presentadas a la mujer como esenciales para que ésta realice sus sueños. Tal sociedad no puede permanecer equilibrada, sobria y sana por mucho tiempo.

Según el Islam, las mujeres deben emanciparse de la explotación y de jugar el papel de meros instrumentos de placer. Deben disponer de más tiempo libre para sí mismas, para desempeñar sus responsabilidades hacia sus hogares y hacia la futura generación de la humanidad.

DERECHOS IGUALITARIOS PARA LA MUJER

Se oye continuamente hablar la **Libertad de la mujer** y de los derechos de la mujer etc. El Islam expone un principio fundamental extenso que abarca todas las situaciones:

(árabe)

...Y ellas (las mujeres) tienen derechos similares e iguales a aquellos (los hombres) en justicia; es decir, las mujeres tienen exactamente los mismos derechos sobre los hombres, como los hombres los tienen sobre las mujeres. Existe, pues, una total igualdad y ninguna diferencia en lo que se refiere a los derechos humanos fundamentales de las mujeres y los hombres. **Pero los hombres poseen un grado de ventaja sobre ellas. Y Al-lah es Poderoso y Sabio (C. 2: Al-Baqarah: 229)**

En otra parte de un versículo del Santo Corán, se declara:

(árabe)

A los hombres se les ha designado protectores de las mujeres a causa de aquello por lo que Al-lah ha hecho que algunos de ellos sobresalgan sobre otros y pese a que ellos gastan de sus bienes...(C. 4: Al-Nisa:35)

De la palabra árabe QAWWAMUN (protectores, responsables de mantener a quienes tutelan en el camino recto), algunos Ulemas (doctores en religión) de mentalidad medieval deducen y afirman la superioridad de los hombres sobre las mujeres, cuando el versículo sólo se refiere a la ventaja que el mantenedor de la familia tiene sobre sus dependientes. Como tal, el protector se haya más cualificado para ejercer la presión moral sobre sus tutelados a fin de que permanezcan en el camino recto. En cuanto a los derechos humanos fundamentales se refiere, no hay mención alguna a que las mujeres sean distintas a los hombres o a que los hombres tengan superioridad sobre las mujeres. La última parte del versículo se refiere a la ventaja mencionada anteriormente y deja manifiestamente claro que, pese a esta ventaja, los derechos fundamentales de la mujer son exactamente iguales a los del hombre. Las letras árabes WA han de ser traducidas como "a pesar del hecho de" o "mientras que" y, en este contexto parece ser la única traducción correcta.

LA POLIGAMIA

Es común en occidente afrontar al orador que habla sobre el Islam, con la siguiente pregunta: ¿Permite el Islam casarse cuatro veces y mantener cuatro mujeres simultáneamente?. Poseo una larga experiencia como orador y me he dirigido tanto al público en general, como en encuentros selectos con intelectuales en el mundo occidental, y apenas recuerdo una ocasión en que no me fuera formulada esta pregunta.

A menudo es una dama la que se levanta y, tras las debidas disculpas, pregunta inocentemente si es cierto que el Islam permite tener cuatro mujeres, o no. Obviamente, todos conocen la respuesta. Sin embargo, quizá este es el único aspecto del Islam que es tan ampliamente conocido en occidente. El otro aspecto de sobra conocido es el del terrorismo, cuando el terrorismo nada tiene que ver con el Islam (ver "**Asesinato en el nombre de Al-lah**" del mismo autor).

¿Qué tipo de igualdad entre el hombre y la mujer propone el Islam, cuando al hombre se le permite tener cuatro mujeres y la mujer sólo puede tener un único marido?. Es la misma cuestión

formulada de otra manera con el propósito, a mi entender, de borrar cualquier buena impresión sobre el Islam que el orador hubiera podido crear. En reuniones menos formales, donde no se respetan la educación y modos corteses, la misma pregunta adquiere tono de burla en vez de una simple cuestión.

Hace varias décadas, cuando estudiaba en el SOAS (School of Oriental and African Studies) de la Universidad de Londres, un alumno pakistaní era acosado en público por un compañero inglés con la misma cuestión, de forma repetida, con el ánimo de provocar la risa. En un momento dado, el pakistaní se volvió e inquirió al joven inglés: ¿Por qué os oponéis que tengamos cuatro madres y no ponéis objeción en tener vosotros cuatro padres? (utilizando el juego de palabras inglesas "forefathers" -antepasados- por "four fathers" -cuatro padres- que se pronuncian de manera similar), tomándole el pelo al bromista.

Aparentemente, era una broma, pero si lo examináis de cerca, veréis que se trata de algo más que una broma, porque se refiere a una situación trágica que impera en las sociedades y que ofrece un caso adecuado para comparar la actitud del Islam con la de la sociedad moderna. No se trata sólo de un asunto de asambleas de alumnos despreocupados sino que incluso los miembros respetables de la sociedad de mente seria no consideran poco amable y descortés expresar su desaprobación respecto a esta prescripción con un chiste.

Hace no mucho tiempo, recibí una carta de un alto magistrado de Frankfurt a quien conozco personalmente y se que se trata de una persona sabia, de mentalidad abierta, cortés y bien educado. El también objetó la disposición islámica sobre la poligamia limitada y no pudo resistirse a la tentación de rematar su idea con un chiste ordinario, o al menos así lo pensé. Durante un momento fugaz consideré devolverle el cumplido del chiste con el que referí antes sobre los "forefathers", pero decidí mantener la discreción.

Le respondí brevemente que, en primer lugar, esta disposición islámica de casarse en más de una vez no es un precepto general, sino que existen situaciones concretas en las que se hace necesario preservar, por una parte, la salud de la sociedad y, por otra, los derechos de la mujer, en las que esta disposición se hace aplicable.

El Santo Corán es un libro lógico. Como tal, no puede haber instruido a los musulmanes a conseguir lo imposible. Dios ha creado a los hombres y a las mujeres en número prácticamente igual, con pequeñas diferencias aquí y allá. ¿Cómo podría una religión racional como el Islam, que repite insistentemente que no hay inconsistencia entre la Palabra y la Obra de Dios, predicar algo tan evidentemente antinatural e irreal, que, de ponerse en práctica, crearía graves situaciones de desequilibrio y dificultades y frustraciones insuperables? Imagínense un pequeño país que tuviera un millón de hombres en edad de casarse y prácticamente el mismo número de mujeres. Si se llevara a cabo esta disposición al pie de la letra por parte de todos, entonces, en el mejor de los casos 250.000 hombres se casarían con el millón de mujeres quedando 750.000 hombres sin esposa.

Sin embargo, de entre todas las religiones del mundo, el Islam destaca en su insistencia en el matrimonio de todo hombre y mujer. El Santo Corán describe que la relación entre marido y esposa se basa por naturaleza en el amor y les proporciona una fuente de paz a los dos.

(árabe)

Y os están permitidas las mujeres creyentes castas y las mujeres castas de los que recibieron el Libro antes que vosotros, si les entregáis sus dotes, contrayendo matrimonio válido, no cometiendo fornicación ni teniendo amantes secretos...

(C. 5: Al-Maida: 6)

Al mismo tiempo, el Santo Corán rechaza el celibato declarando que se trata de una institución creada por el hombre (C. 57:28). No hay nada que ganar por vivir apartado del resto del mundo o por castigarse privándose de los deseos naturales. La institución del matrimonio se haya bien definida en el Islam, si bien el tiempo que dispongo no me permite apartarme y discutir los diversos requerimientos de elección de cónyuges, los remedios disponibles y la regulación del

divorcio etc.

Volviendo a la poligamia, es evidente, del estudio del Santo Corán que discute el tema de la poligamia, que lo aborda en el contexto de una situación especial: en el período pos-bélico. Se trata de un período en el que la sociedad queda con un gran número de huérfanos y viudas jóvenes y el balance entre la población masculina y femenina se ve gravemente alterado. Una situación de este tipo tuvo lugar en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial. Al no ser el Islam la religión mayoritaria de Alemania, hizo que este país se quedara sin soluciones para resolver el problema. La enseñanzas estrictamente monógamas de la cristiandad no pudieron ofrecer ningún alivio. Por consiguiente, la gente de Alemania hubo de sufrir la consecuencia de estos desequilibrios. Quedaron un gran número de mujeres vírgenes, solteras desanimadas y jóvenes viudas para quienes fue imposible contraer matrimonio.

Alemania no ha sido el único país en el vasto continente europeo que ha experimentado tales problemas sociales de proporciones gigantescas y extremadamente peligrosas. Se trataba de un desafío demasiado importante para la sociedad occidental de después de la guerra, detener la marea y controlar la degradación moral creciente y la promiscuidad que de forma tan natural y exuberante creció sobre estos desequilibrios imperantes.

Como puede verse claramente por toda persona sin prejuicios, la única respuesta a tales problemáticas alteraciones, es permitir que los hombres se casen más de una vez. Esto no se propone como solución para saciar sus deseos sensuales sino como respuesta a exigencias genuinas de un gran número de mujeres. Si esta solución lógica y realista es rechazada, la única alternativa que le queda a la sociedad es degenerar rápidamente hacia una posición crecientemente corrupta y permisiva.

Por cierto que esta es la opción que parece haber elegido occidente.

Si reexamináis con mayor realismo y sin emociones las dos actitudes, no podréis dejar de daros cuenta de que no es una cuestión de igualdad entre el hombre y la mujer sino simplemente una elección entre la responsabilidad y la irresponsabilidad.

El Islam sólo permite casarse más de una vez con la condición de que el hombre acepte el reto de tal dificultad y de todas las situaciones específicas con total responsabilidad y compartiéndola con plena justicia e igualdad con la segunda, tercera o cuarta esposa.

(ÁRABE)

Si teméis no poder mantener la equidad con los huérfanos, entonces casaros con otras mujeres que estén de acuerdo, dos, tres o cuatro; pero si teméis no poder mantener la equidad y la igualdad entre ellas, entonces casaros sólo con una, o con aquellas sobre las que poseéis autoridad. Este es el camino más seguro para que evitéis la injusticia. (C.4: Al-Nisa: 4)

La alternativa es más peligrosa. Un número excesivo de mujeres dejadas sin marido no pueden ser culpabilizadas por intentar seducir y atraer a hombres casados en sociedades que no son profundamente religiosas. Las mujeres, obviamente, son seres humanos y poseen emociones y deseos insatisfechos. Mientras que los traumas psicológicos de la guerra aumentan la necesidad de encontrar a alguien a quien dirigirse, una vida sin la seguridad del matrimonio y del hogar, sin pareja en la vida, ni esperanza de hijos, es una vida vacía. El futuro es tan negro y poco prometedor como el presente.

Si a tales mujeres no se les complace de forma lícita y se les asimila bajo el principio de hacer concesiones mutuas, se pueden producir estragos en la paz de la sociedad. De cualquier manera, compartirían ilícitamente los maridos de las mujeres casadas. El resultado sería absurdo. Las lealtades se escindirían. Las mujeres comenzarían a perder confianza en sus maridos. Las sospechas aumentarían. La creciente falta de confianza mutua entre marido y mujer destruiría los cimientos de muchos hogares. A los hombres infieles, convivir con el sentimiento del delito y culpa

les originaría complejos psicológicos y la propensión a nuevos delitos. El noble concepto del amor y la lealtad serían las primeras víctimas. Lo romántico perdería sublimidad y descendería a lo común, el enamoramiento transitorio.

Quienes hablan de la igualdad en todas las esferas, olvidan que el asunto de la igualdad se vuelve irrelevante en aquellos terrenos donde el hombre y la mujer están constituidos de manera diferente.

Sólo las mujeres pueden dar a luz a los hijos. Sólo ellas pueden pasar nueve meses nutriendo la semilla de la generación humana futura. También son sólo las mujeres las que pueden cuidar de sus pequeños, al menos durante el primer período de la infancia y la niñez, como ningún hombre sería capaz. Debido a la larga relación íntima, de sangre, con su descendencia, es la mujer la que tiene un vínculo psicológico más estrecho con sus hijos en comparación con el hombre.

Si los sistemas sociales y económicos ignoran esta diferencia constitucional entre hombre y mujer y su diferencia correspondiente en el papel de los dos sexos en la sociedad, entonces, dicho sistema está destinado al fracaso en su intento de crear un estado de sano equilibrio. Es principalmente por estas diferencias constitucionales entre el varón y la mujer por lo que el Islam propone, en correspondencia, roles diferentes para ambos.

La mujer debe permanecer libre, en la medida de lo posible, de la responsabilidad de ganar el pan para la familia. Esta responsabilidad, en principio, ha de recaer sobre los hombros del varón. No obstante, no hay razón por la que a las mujeres se les excluya de poner su parte en los asuntos económicos, siempre que tengan libertad para hacerlo sin descuidar su responsabilidad primaria en la reproducción humana, el cuidado familiar y otros compromisos concomitantes. Esto es exactamente lo que el Islam propone.

Asimismo, la mujer en general, tiene una constitución más frágil y débil. Sorprendentemente, por contra, ha sido dotada por Dios de mayor capacidad de resistencia psíquica. Estos atributos se deben, sobre todo, a la presencia de medio cromosoma extra en sus células, responsable de la diferencia existente entre hombre y mujer. Obviamente, esto les ha sido proporcionado para afrontar el reto extraordinario del embarazo, el parto y la lactancia. Así y todo, esta capacidad no hace que externamente las mujeres sean más fuertes o más resistentes. No deben ser relegadas a duras tareas domésticas o de otro tipo en el nombre de la igualdad o de cualquier otro lema. Es preciso, también que sean tratadas con mayor delicadeza y amabilidad. Las mujeres han de soportar una carga cotidiana menor y no forzadas a cargar con el mismo peso que los hombres en las actividades públicas.

Se deduce de lo anteriormente expuesto, que si la tarea de dirigir un hogar constituye un área de responsabilidad especial que ha de ser asignado o bien al hombre o bien a la mujer, es obvio que la mujer tiene mucha más valía que el hombre para desempeñar tal responsabilidad. Además, la mujer, por naturaleza, tiene asignada el deber de cuidar de los hijos. Este deber, sólo parcialmente puede ser compartido por los hombres.

Las mujeres deben poseer el derecho a permanecer en casa mucho más tiempo que los hombres; y si, al mismo tiempo, se les absuelve de la responsabilidad de ganar su sustento, el tiempo libre que disponen lo pueden utilizar en provecho propio o en el de la sociedad en su conjunto. Así es como surge el concepto de **"El lugar de la mujer es la casa"**. No se trata de que estén atadas a sus delantales, ni encarceladas en las cuatro paredes de su hogar. De ninguna manera el Islam infringe los derechos de las mujeres impidiéndoles que salgan en su tiempo libre para realizar cualquier tarea, o para participar en cualquier propósito sano que deseen, siempre que, de nuevo, no perjudiquen los intereses y derechos de la futura generación de la humanidad que se les ha confiado. Esto, entre otras razones, es por lo que el Islam desalienta la libre mezcla de sexos o el exceso de vida social. Para el Islam, proponer que el hogar sea el centro de las actividades de la mujer es una solución sabia y práctica aplicable a la mayor parte de los males de los tiempos modernos. Cuando las mujeres trasladan sus intereses fuera del hogar ello es a costa de la vida familiar y la desatención de los hijos.

Construir una vida familiar alrededor de la figura central de la madre, exige el fortalecimiento de otros vínculos de sangre y el restablecimiento de una afinidad auténtica entre parientes y amigos. Aunque cada unidad viva separadamente, este concepto amplio de familia es apoyado y promovido por el Islam por varias razones, algunas de las cuales son las siguientes:

1. Previene los desequilibrios sociales.

2. Si se promoviera un cariño y afecto familiar intenso entre hermanos y hermanas, padres e hijas, madres e hijos etc., ello redundaría, naturalmente, en la consolidación y protección de una unidad familiar sana. Este vínculo natural se vería fortalecido por un sistema de relaciones circundantes, mediante la afinidad y cercanía genuina entre tías, tíos, sobrinas, sobrinos, primos, nietos y abuelos. Nuevos caminos de búsqueda de bienestar sano, derivado de la conciencia de pertenecer a este grupo, se abriría para este sistema familiar más amplio.

3. La institución familiar en tales casos es más difícil que se fragmente. Compartir el mismo techo en el nombre de la familia, dejaría de tener sentido como ocurre, en general, hoy día. Los miembros de la familia continuarían gravitando alrededor de la guía central de los mayores del grupo; la mayor parte de las actividades familiares girarían en torno a este eje. No existirían individuos solitarios, olvidados, abatidos y relegados al ático o a los sótanos del orden social, o arrojados de las familias como artículos inútiles.

Este es exactamente el concepto islámico del hogar y la familia que es considerada como la unidad central más importante de la sociedad. Es, sobre todo, a causa de esta diferencia en las actitudes por lo que hoy encontramos en las sociedades modernas del mundo, una incidencia muy elevada de padres abandonados, viejos o minusválidos, a los que se considera una carga familiar.

SEXOS

El desarrollo gradual de la institución del matrimonio, los ritos asociados con esta institución y los tabúes existentes respecto a la interrelación entre los sexos masculino y femenino, podrían ser considerados por un sociólogo como un fenómeno resultante del crecimiento natural de la sociedad, sin relación con la religión. Sin embargo, tanto si el crecimiento es dirigido desde una instancia superior o si es un fenómeno aleatorio que se dirige hacia adelante por sí mismo, no se puede negar el hecho de que, de forma gradual, las respuestas para satisfacer esta necesidad fundamental se han hecho cada vez más complejas y elaboradas.

La creciente promiscuidad en las relaciones entre hombres y mujeres es, pues, sintomático de la misma enfermedad. No se trata sólo de una actitud permisiva y liberal respecto a la relación sexual sino que, ciertamente, se trata de algo mucho más importante que acompaña a esta tendencia, que pretende cambiar el entorno de esta esfera fundamental de interés y actividad humanos. El debate sobre la legitimidad o ilicitud de tal relación se mira despectivamente como algo perteneciente al pasado. Desde luego que existen diversos grupos de mentalidad religiosa estrecha que no cesan de hablar del tema, pero es fácil darse cuenta de estas gentes de mentalidad desfasada y fanática son una minoría carente de significado.

Es mucho más "moderno" en occidente considerar que el sexo es una necesidad natural que debe encontrar respuesta sin ninguna inhibición. El tradicional recato asociado a la conversación entre las mujeres se está convirtiendo en algo del pasado. La desnudez, el exhibicionismo, el lucimiento, la desvergüenza en la discusión y la confesión se consideran simples expresión pública de la verdad.

Nadie se toma la molestia de hacer extensivo el mismo argumento a otros deseos humanos naturales. ¿No se trata de un deseo animal natural, común a los humanos también, el querer poseer todo lo que a uno le plazca? ¿No es acaso un deseo natural animal sentirse airado y violento y dar rienda suelta a estas emociones en términos salvajes?. Un perro débil también se ve embargado por los mismos impulsos que el perro fuerte, pero mientras que el fuerte llegaría a morder, el débil al

menos podría ladrar.

¿Qué son, si no, los demás tabúes sociales -los códigos de conducta civil, el concepto de decencia etc.- que interfieren continuamente con la expresión libre de los impulsos naturales? ¿Por qué ha de ser el sexo acaso la única fuerza motivadora a la que se debe otorgar licencia libre para expresarse sin considerar la tradición, las normas, la decencia, propiedad y pertenencia?

Lo que se observa hoy día es un fenómeno que ha de ser discernido y analizado con cuidado. Lo que llamamos permisividad en la relación sexual se expresa como una tendencia creciente a hurtar y a robar en otras áreas de la actividad humana, así como a lastimar y herir a los demás. La persecución desinhibida del placer, que pervierte el gusto, nace de las mismas tendencias decadentes que están acabando con los edificios más nobles de la civilización y causando el retorno a modos de vida correspondientes a tiempos anteriores.

Las sociedades no sólo imponen a los individuos un progresivo número de ritos, tabúes, imposiciones y prohibiciones, sino que también les complacen y gratifican en el romance y en el cortejo, que juegan un papel vital en este área. La poesía, la literatura, el arte, la música, los estilos, las modas, las exposiciones, el gusto por la fragancia y el desarrollo de la conducta decente y cultivada, son resultados, en importante medida, del mismo impulso fundamental manifestado como respuesta social.

Puede llegar un tiempo en el que la generación futura se rebele y rechace los logros sociales, conseguidos a lo largo de miles de años de progreso. Esta rebelión puede no tomar la forma de un rechazo absoluto, si bien el ojo crítico no hace sino percatarse de que el movimiento va en esa dirección. El hipismo, la vida bohemia, el sadismo, la violencia creciente asociada al sexo y el retorno de la conducta sexual a su aspecto bestial y primitivo son algunos de los ejemplos del retroceso de las tendencias antes mencionado.

Sólo es preciso salir afuera para observar los distintos grupos de jóvenes rebeldes, descuidados, viviendo en comunas, para darse cuenta de lo que está ocurriendo a la generación más joven. La suciedad y el hedor parece haber reemplazado a la limpieza y a la fragancia. La vestimenta immaculada ha dado paso a la ropa raída y absolutamente descuidada. Se marcharon los días en los que un momento de inspección a nuestra vestimenta resultaba sumamente embarazoso. Los "jeans" que hoy se llevan, rasgados intencionadamente para exhibir el cuerpo, se están convirtiendo en algo mucho más valioso que un par nuevo de pantalones. Desde luego que no toda la sociedad manifiesta tales signos extremos de descontento con la herencia pasada o tradicional, pero, cuando una enfermedad se afianza no todo el cuerpo ha de estar ulcerado. Pueden aparecer algunas úlceras aquí y allá que revelan el estado subyacente de enfermedad. La irresponsabilidad está creciendo. La indisciplina y el desorden comienzan a estar al orden del día. Muchos otros signos de decadencia salen a la superficie en distintas áreas de interés humano.

La persecución del placer en cada esfera de la vida exige cambios y novedades que proporcionen mayor estímulo. Las cosas que satisfacían en el pasado no lo hacen ahora. El tabaco y los intoxicantes tradicionales no son capaces de ofrecer el estímulo que la sociedad, cada vez más inquieta, necesita. Comienzan a aparecer todo tipo de drogas y ninguna medida adoptada para detener la drogadicción progresiva es suficiente. Para el drogadicto llega un momento en el que necesita un estímulo aún mayor y se inventan nuevas drogas, más fuertes, adictivas y letales, como el **crack**.

En el área de la música, las mismas tendencias se han introducido gradualmente en las últimas décadas de este siglo. El estudio del desarrollo de la música a lo largo de los siglos más recientes, frente a los rápidos cambios de erupción de decibelios en las últimas décadas, proporciona datos interesantes e intrigantes para analizar.

No soy, personalmente, un entendido en música, y pido perdón por anticipado si alguno de mis comentarios son considerados ajenos a la realidad del mundo musical. Sin embargo, mi intuición me hace pensar que el desarrollo progresivo de la música en occidente, a lo largo de los últimos siglos, lo ha sido en la dirección de lo sublime, lo exquisito y lo noble. Esa música producía

simultáneamente paz en la mente y en el corazón. La mejor música era la que se identificaba y se acoplaba con la música latente de la mente y espíritu humanos. La armonía y la paz eran los objetivos últimos que pretendía esta evolución musical. Desde luego, existían pasajes en las obras de los grandes compositores y artistas que creaban imágenes de erupciones volcánicas, tifones, rayos, y un sentido de conmoción que se correspondía con el fenómeno externo de la naturaleza. Sus memorias se almacenaron y se preservaron indefinidamente en el mecanismo memorizador de la vida. En ocasiones, el clímax alcanzaba tales crescendos que parecía que el universo entero iba a estallar. Sin embargo, la audiencia permanecía inmóvil, sumergida en la inundación musical, sin mover un músculo ni pestañear, hasta que, de repente, se hacía un silencio total. Sólo entonces, la sala estallaba en un tremendo aplauso. Ni siquiera la música más poderosa, cargada a tope de emoción, convertía al oyente en un ser violento, explosivo y rebelde. Todo el mensaje de la música era sublime, pacífico y armonioso. Se extraía y despertaba lo mejor del hombre; lo malo se desterraba.

En verdad que durante las últimas escasas décadas asistimos a un fenómeno diferente. Los oídos de la generación contemporánea están ensordecidos por cierto tipo de música capaz de excitar pasiones vitales primitivas. Una generación inquieta y perturbada, se encuentra sólo en sintonía con una música que les enloquece. Cuanto más violenta, más popular. De nuevo pido disculpas por mis observaciones sobre el mundo de la música clásica o popular, pues me considero un ignorante en estos temas, pero estoy seguro de que la violencia, la rebelión, la locura y el vandalismo etc. están corrompiendo rápidamente las facultades humanas nobles.

El Profesor Bloom, a quien debe reconocerse cierto conocimiento de la música occidental, parece estar de acuerdo conmigo en su libro **The Closing of the American Minds**, cuando lamenta la erosión de las sensibilidades de los adolescentes en la era contemporánea, los cuales, según sus palabras, se hallan embrutecidos por la exposición constante a la música rock a la que considera comida-basura para el espíritu.

Existen numerosos signos visibles y palpables de esta situación enfermiza de la sociedad que está haciendo cada vez más desordenada la vida del hombre y carente de felicidad, satisfacción, paz y seguridad. El hombre puede negar la existencia de Dios cuanto le plazca, pero no puede negar la existencia de una naturaleza todopoderosa que conoce bien como castigar los crímenes contra ella cometidos.

En todas las sociedades materialistas, los factores más importantes que son responsables de la proliferación y crecimiento del mal, son más o menos los mismos. Ya los hemos comentado parcialmente con anterioridad, por lo tanto enumeraré brevemente a modo de resumen tales factores:

- a. El ateísmo progresivo;
- b. Debilitamiento de la creencia en un Dios real, poderoso, que tiene un interés verdadero en los asuntos humanos y en la forma en que los seres humanos modelan su conducta;
- c. Progresivo debilitamiento en las creencias en los valores éticos y tradicionales; y,
- d. Tendencia creciente a olvidar el fin y a considerar a los medios como fines en sí mismos

Esta es la situación que prevalece en las así llamadas sociedades "avanzadas" o "civilizadas" del mundo. Lentamente, a medida que los valores morales y éticos continúan marchitándose, comienzan a influenciar el proceso legislativo y ejecutivo de los gobiernos. Cuando no se acepta ninguna ley emanada de Dios y los valores éticos absolutos y las tradiciones nobles son desafiadas y contravenidas diariamente, cualquier legislación que pretenda disciplinar la conducta moral se vuelve también laxa y complaciente. La plataforma donde se asientan las leyes relativas al comportamiento moral comienza a tambalearse.